

Pensar

epistemología, política y ciencias sociales

Nros. 3/4

2008/2009

e-ditorial



Centro **Interdisciplinario**
de
Estudios Sociales

Universidad Nacional de Rosario

Revista Pensar. Epistemología, Política y Ciencias Sociales.
Publicación Editada por el Centro Interdisciplinario de Estudios Sociales (C.I.E.SO.)
Facultad de Humanidades y Arte – Universidad Nacional de Rosario.

ISSN 1852-4702

N° 3/4 | 2008/2009

Dirección

Diego A. Mauro
Gustavo M. Cardozo

Editor

Diego P. Roldán

Consejo Editorial

Cecilia M. Pascual
María Liz Mansilla
Horacio M. Zapata
Leonardo Simonetta
Hernán A. Uliana
Jorge Morales Aimar

Consejo Consultivo

Marta Bonaudo (UNR, CONICET, Argentina), Carlos Iglesias (UNL, Argentina), Esther Díaz de Kóbila (UNR, Argentina), Darío Barrera (UNR, CONICET, Argentina), Marta Brovelli (UNR, Argentina), Luciano Alonso (UNL, Argentina), Daniel Pérez (Pontificia Universidade Católica de Paraná, Brasil), Sandra Fernández (UNR, CONICET, Argentina), Lida Miranda (UTDT, CONICET, Argentina), Ignacio Martínez (UNR, CONICET, Argentina).

Traducciones del Inglés

Virginia Rolle
Julieta Rinaldi
Melisa Laura Capiglioni
Fernanda Page

Traducción del portugués

Diego P. Roldán

Traducciones al inglés

Luciano Enjuto

Dossier

Por una ciencia social *desde* el cuerpo

Diego P. Roldán – Diego A. Mauro
Compiladores

Escriben:

Diego P. Roldán

Diego A. Mauro

Loïc Wacquant

Black Hawck Hancock

Phillipe Bourgois

Jeff Schonberg

Por una ciencia social *desde* el cuerpo

Diego P. Roldán* y Diego A. Mauro**

*Pues ¿Qué sabemos de las esquinas de las calles,
de los bordes de las aceras,
de la arquitectura del adoquinado,
nosotros que jamás hemos sentido
bajo la planta desnuda de los pies la calle,
el calor, la suciedad y las aristas de las piedras,
que jamás examinamos los desniveles
de las anchas losetas para dejarnos guiar por ellas?*

Walter Benjamin

Introducción

En el número anterior de la revista *Pensar* hemos publicado, gracias a la generosidad de sus editores, una reseña de un libro que merece ser discutido y analizado en profundidad. Sin embargo, el texto ha permanecido más o menos ignorado por científicos sociales que no poseen una relación directa de “utilidad práctica” con el título de *Entre las cuerdas. Cuadernos de un aprendiz de boxeador*.¹ No es la intención de estas palabras liminares negar que al menos uno de nosotros se apropió de ese trabajo como inspiración de su propia reflexión y que el otro es aficionado al boxeo. Sin embargo, la relación que construimos con el texto y su autor ha intentado siempre emplazarse y moverse más allá de ese estrecho pasadizo marcado por las ideas de cálculo e interés, más allá de la frecuente traducción académica de la economía neomarginalista. Ambos hemos ingresado a *Entre las cuerdas...* sin prejuicios, pero también con las moderadas expectativas que puede despertar un libro académico matizado por los estándares de las ciencias sociales. No obstante, cada uno a su modo, ha experimentado la fascinación que transmiten sus páginas, la maestría de una narración envolvente, la factura de un análisis tan difícil como complejo y la extraordinaria y honesta *objetivación del sujeto objetivante*. En nuestra experiencia, la lectura de *Entre las cuerdas* produce algo que es muy difícil de lograr con un libro de ciencias sociales, quizá haya que reconocer que es incapaz de transformar el mundo, pero hay- que acreditar que consigue modificar el mundo de relaciones del lector y, en ese proceso, al lector mismo. Por eso, *Entre las cuerdas...* merece ser recorrido una y otra vez, siguiendo esos itinerarios múltiples que despliega entre el gueto, el gimnasio, el ring, el cuerpo, el aprendizaje, la raza, el habitus, las universidades, etc. Hemos querido contribuir a emprender uno de esos viajes, para comprender mejor su contenido, sus recorridos, sus paradojas y sus enseñanzas, para rediscutirlo y redimensionarlo en el diálogo con otros textos, autores, experiencias, reflexividades y carnalidades.

* UNR-ISHiR-CIESo-CONICET. Email: diegrol@hotmail.com

** UNR-ISHiR-CIESo-CONICET. Email: diegoalemauro@hotmail.com

¹ WACQUANT, Loïc *Entre las cuerdas. Cuadernos de un aprendiz de boxeador*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2006, 256 pp.

Pensar propone al lector avanzar en el conocimiento y el debate de una sociología apenas intuida por algunos estudiosos, una sociología que para muchos parece no constituir ninguna sorpresa, una sociología practicada *desde* el cuerpo y no *del* cuerpo. Una sociología que se propone ser mucho más que un juego de palabras, mucho más que una de las falsas rupturas con el dualismo cartesiano.

Para conseguir presentar este punto de vista teórico a través de estudios orientados por una sociología reflexiva, la generosidad y el empeño de Loïc Wacquant han sido invaluableles. También la dedicación y el trabajo de las traductoras de estos estudios, Virginia Rolle, Melisa Laura Capigliani y Julieta Rinaldi, siempre merecerá un enfático reconocimiento. A nuestro cuidado ha quedado la presentación de los textos en español de importantes analistas del mundo social como Jeff Schonberg, Blackhawk Hancock Phillipe Bourgois y el propio Loïc Wacquant, muy probablemente no estemos a la altura de este desafío, pero vale la pena intentarlo.

Puntos de vista sobre la sociología carnal

Más allá de los refinamientos teóricos, la sociología carnal propone conocer con el cuerpo, con los músculos, los tendones, las vísceras, y los huesos, con las manos, los brazos y las piernas. No se trata aquí de observar, tampoco de observar participando, se trata de entrar, de “poner el cuerpo”. La sociología carnal no presupone conocer lo que las prácticas y las instituciones hacen desde afuera, cómodamente emplazados en un sitio neutral y afectando la mirada de Dios. Por el contrario, su objetivo apunta a un conocimiento producido desde adentro, que procura objetivar un entramado de relaciones sociales y que en ese proceso objetiva al sujeto de conocimiento (objetivante) entendido, a un tiempo, como productor y producto de ese espacio social. La sociología carnal nos invita a ingresar en las instituciones, no como participante protegido, como un “igual rotulado” de sociólogo, antropólogo, historiador o lo que fuera. La propuesta implica “entrar” como un cuerpo más, dispuesto a recibir, no sin resistencias y extenuaciones, los embates del aprendizaje, la técnica, el orden y la cultura.

La fórmula que la sociología carnal articula nos recuerda, a pesar de sus evidentes diferencias y ventajas relativas, al proyecto de la fenomenología. En su marco, Merleau Ponty solicitaba devolver las “cosas mismas” al mundo anterior al conocimiento y del que el conocimiento habla siempre, y frente al cual toda determinación científica es abstracta, significativa y dependiente.² ¿Cómo comprender la producción de significados de una práctica como el boxeo sin someterse a él? ¿Sin experimentar el dolor en el cuerpo, la fatiga, el desfallecimiento, las estrictas dietas, la abstinencia sexual, el temor, el pánico y la excitación en medio del combate sobre el ring? ¿Cómo comprender el sufrimiento social y ambiental desde las universidades, desde la comodidad de nuestra holgada posición sociocultural?³ ¿Sin atravesar calles abandonadas y vencidas, sin dormir bajo techos inciertos y despertar en escenarios de pesadilla, sin sentir que la inseguridad social abraza a cada instante nuestras vidas?

² MERLEAU-PONTY, Maurice *Fenomenología de la Percepción*, FCE, México, 1957, p. VII.

³ Para un estimulante estudio sobre el sufrimiento ambiental, efectuado por un “sociólogo profesional” y una “antropóloga nativa”, ver: AUYERO, Javier y SWISTUN, Débora *Inflamable. Estudio del sufrimiento ambiental*, Paidós, Buenos Aires, 2008, 234 pp. Libro que próximamente será debatido en el sitio: <http://www.urbanoutcastoftheworld.net>

La sociología carnal esboza un camino que invierte, o al menos pone entre paréntesis, la premisa básica de la ciencia moderna y hoy profesional: la equiparación de la objetividad a la distancia. Epistemológicamente podría decirse mucho, pero en resumidas cuentas, la sociología carnal propone una relativización de una de las asociaciones más sólidas construidas por la modernidad: el vínculo entre distancia y conocimiento científico (legítimo). La sociología carnal, entonces, nos induce a trabajar en un circuito de retroalimentación incesante entre el campo y el escritorio, demostrando con cada paso y trazo que la objetividad no existe sino que se alcanza y que los datos no se recolectan sino que se construyen. Asimismo, intenta desprenderse del pesado legado de Platón, que perpetuado por el cristianismo, persigue desde la antigüedad clásica a Occidente: los dualismos cuerpo-mente, cuerpo-alma. Nos permite con un solo movimiento exorcizar al fantasma y desmaterializar a la máquina para utilizar una de las metáforas acuñadas por el discípulo de Ludwig Wittgenstein, ese profundo pensador que tuvo el siglo XX: Gilbert Ryle.⁴

Bastan sólo estas escuetas líneas para hacerse y brindar una idea de la osadía y las consecuentes dificultades y desafíos abiertos por la sociología carnal. Los textos que reunimos en este dossier son objetivaciones elocuentes de esto y ofrecen lúcidas y clarificantes reflexiones metodológicas y epistemológicas sobre algunas experiencias concretas. Son textos cuyo ámbito de trabajo son los Estados Unidos de Norteamérica, que ponen en diálogo las teorías bourdesianas del habitus y las técnicas del cuerpo de Marcel Mauss. Los trabajos hacen visibles las dinámicas de las relaciones sociales y las relaciones de poder para producir y reproducir categorías de clasificación y diferenciación social como las de raza, identidad y cultura, expurgándolas (purificándolas) de las luchas (de la historia) que hicieron posible la naturalización de su significado en los esquemas culturales y en el sentido práctico de los agentes. Las prácticas que estos textos exploran son diversas: boxeo (L. Wacquant), danza (B. Hancock) y consumo de drogas (Ph. Bourgois y J. Schonberg). Pese a esta diversidad manifiesta, el enfoque y la teoría los implica en una misma carnalidad, configurándolos como un conjunto en dialogo intertextual y abierto a los interrogantes del lector.

El riesgo asumido por estos estudios es, por supuesto, el retorno a la “geografía”, como diría Merleau Ponty. Abandonar la selva, la pradera o el río para trazar nuevos mapas y gráficos, diferentes pero iguales al mismo tiempo. ¿Es posible evitar ese regreso a casa? ¿Puede construirse un conocimiento desde la cornisa, en el borde, sin renegar luego de ese viaje que nos enfrenta con el límite y, sobre todo, con nuestros propios límites? L. Wacquant respondería afirmativamente e incluso corregiría algunas de estas reflexiones: la sociología carnal no es una intentona más del postmodernismo –explicaría–, por el contrario se piensa como ciencia y se inscribe dentro del campo del conocimiento objetivo, aún cuando pretende completarlo y revisarlo en tanto conocimiento construido. Nosotros acordaríamos con su respuesta. Conocer con el cuerpo es una fórmula teórico-metodológica, un camino cuyos resultados comienzan a emerger. No es filosofía, es una experiencia objetivable y representable, cuyos resultados, con el tiempo, nos mostrarán sus alcances, sus límites y sus potencias. No

⁴ En torno a las visiones de Wittgenstein sobre el cuerpo ver su: *Investigaciones filosóficas* [1958], Altaya, Barcelona, 1999 y *Cuadernos Azul y Marrón*, Tecnos, Madrid, 1976 y de Gilbert Ryle *El concepto de lo mental*, Paidós, Barcelona, 2005.

faltarán algún lector de Heidegger, Badiou, Deleuze... que querrá ver en la sociología carnal la vuelta del “acontecimiento” la superación del “modelo de la ciencia” por la exploración de la acontecimentalidad, del *abgrund*, del *dasein*, de las máquinas deseantes... Pero, entendemos que se trata de cosas diferentes. Se rozan, se insinúan por momentos, pero se inscriben en prácticas y horizontes totalmente diferentes. Y esto es muy importante, porque si el presente dossier se lee detenidamente, más allá del contenido inmediato (manifiesto), puede observarse que el principal problema o desafío de la sociología carnal no es epistemológico o metodológico: se trata de la inercia de las prácticas científicas, la inercia de nuestras visiones del mundo, de nuestros esquemas de clasificación, la inercia de nosotros mismos. De esas prácticas que, proveedoras de algunas certezas (sentido práctico), se hicieron carne en y entre nosotros, habitándonos. Nos atravesaron hasta los huesos y se enquistaron en nuestra médula. Hacer sociología carnal, a diferencia de lo que puede suponer reflexionar sobre el ser del acontecimiento o la metafísica occidental, implica arreglar cuentas con una parte de nosotros mismos, decirnos a la cara cosas que no siempre nos gusta escuchar, conocernos mejor, porque a través de ella conocemos mejor el mundo en que vivimos y construimos y que vive en nosotros construyéndonos.

En este sentido, la sociología carnal tiene mucho para decir sobre los cuerpos y la vida en el medio académico. Sobre los velos, que, en el intento de develar el mundo, regamos a cada paso. A pesar de las diferencias presupuestarias y las otras, las cosas, en este registro, no parecen ser tan diferentes en Argentina, Estados Unidos o Francia. Develar es siempre, al mismo tiempo, ocultar parcialmente. La sociología carnal se abre camino con esfuerzo y casi pugilísticamente, a los golpes y, en su tentativa agónica, los recibe cuantiosamente. Pero ¿qué significan los golpes y las escaramuzas fuera del ring, en congresos, jornadas, artículos, revistas y en el trato académico cotidiano?

Cuadros para una respuesta

Incluso para las personas completamente ajenas e indiferentes al mundo académico, la premisa de la objetividad científica es relativamente conocida y aceptada. Por objetividad se entienden infinidad de cosas pero, no obstante, más allá de ellas, independientemente de si se trata de sociólogos, historiadores, jugadores de fútbol o almaceneros, se la identifica con cierta exterioridad, distancia, ecuanimidad, justicia, equilibrio, verdad, etc. Como académicos, como cultores del saber, podríamos refinar hasta el hartazgo estas fórmulas “plebeyas”, criticándolas de muchos e ingeniosos modos en nombre de los protocolos y las reglas de la “nobleza de estado”. Por cierto, pese a esas críticas, sólo en contadas excepciones lograremos escapar de ellas.

Como experiencia hemos intentado explicar la sociología carnal a diferentes agentes sociales, algunos involucrados en el “campo científico” y otros ubicados fuera de él. Mientras los científicos sociales alegaron desconfianza, dudas, defectos, y, finalmente, reivindicaron la objetividad según el modelo de la distancia (con el pasado, el cuerpo, el entorno-observación participante, la visión del nativo, el paciente-transferencia) y objetaron ausencia de rigor (falta de simetría e interferencias subjetivantes, etc.). Mientras tanto, quienes no se representaban a sí mismos dentro del mundo académico hallaron la fórmula bastante convincente.

Debemos decir que los intercambios con colegas fueron ásperos, dificultosos, pero finalmente gratificantes: nosotros, convencidos, ayudados por el entusiasmo,

terminamos por hacerlos trastabillar. Aún cuando ninguno admitiera el traspie y, por el contrario, tras el sacudón, retomaran las fórmulas de la distancia con más fuerza, pudimos sentirnos satisfechos de producir alguna incomodidad. En sentido inverso, cuando intentamos explicar la sociología carnal a personas extrañas al medio académico las respuestas fueron de total acuerdo, de asentimiento pero, al mismo tiempo, frustrantes. No dejamos de sentirnos algo decepcionados. Nuestro entusiasmo pseudo-vanguardista chocó con respuestas que, aunque diferentes, no revelaban ningún asombro, impacto o incomodidad. Podríamos intentar ofrecer una fórmula “iluminista” para escudarnos y alegar, simplemente, que no nos entendieron, que, después de todo, no podían hacerlo, no eran como “nosotros”, no podían ver las cosas con la suficiente... ¿“distancia”? Pero no, seamos implacables también con nosotros, no teníamos dudas, habían comprendido mayormente, incluso antes que nuestros colegas. Conocer con el cuerpo era algo con lo que acordaban y que entendían. No obstante, lejos de “sorprenderlos” la fórmula les pareció trivial, evidente, lógica, básica, cotidiana. No produjo en ellos ningún escozor, ninguna incomodidad, ni siquiera una duda. Uno nos escuchó atento y nos respondió al cabo de unos minutos “Claro, por supuesto” y agregó luego: “...ya entiendo, es como tratar de entender que se siente yendo a la cancha leyendo la historia de los mundiales de fútbol o aprender a jugar memorizando las reglas o en un manual...” Un obrero tipógrafo jubilado nos respondió algo parecido, cuando intentamos explicarle las bondades de la sociología carnal para comprender la historia del trabajo de los obreros en la imprenta. Aun cuando éramos conscientes de la falta de rigor de nuestro ejemplo, su respuesta fue contundente: “Me parece bien, de qué otro modo podrían escribir algo sobre un obrero... *ustedes*”, y nos preguntó: “me acuerdo del plomo, sintieron alguna vez el olor a plomo?...”, le dijimos que no lo recordábamos y continuó: “no, no... no... el olor a plomo en la piel, en el pelo, como adentro tuyo, todo el tiempo... sentía que era de plomo.”

Nos desilusionó ver que nuestro objeto de entusiasmo por la “originalidad”, el carácter disruptivo de la sociología carnal, era para otros, para aquellos alejados del trajín académico, para quienes no habían estudiado metodología de las ciencias sociales, filosofía, epistemología ni leído a los “clásicos”, una verdad inmovible. Algo totalmente evidente. Lo que nos sorprendía era que, si les hubiéramos preguntado por la “ciencia” probablemente hubieran respondido algo sobre la objetividad, la distancia... pero –dejada de lado la fatal pregunta– tenían muy claro que esa supuesta distancia que reivindicaban formalmente, no servía para entender sus propias vidas. Quizá la “ciencia objetiva” fuese útil para comprender-explicar otras cosas, pero no sus existencias que para el observador distanciado (extraviado-aislado) siempre son “mínimas”.

El dossier que presentamos incomoda y desafía, pero lo hace de una manera con unos y de otra con otros. En orden de precisiones, “nos” desafía e incomoda, asumámoslo. Nos sacude con preocupación o entusiasmo, porque como parte del mundo académico hemos hecho carne y hueso, aún bajo la forma de la crítica, los principios de la ciencia moderna. La distancia y el dualismo cuerpo-alma nos traspasan, precisamente, el cuerpo y el alma, la materia y el espíritu... Nuestro “academicismo” es el principal problema. ¿Qué haremos con él? Quizá debamos odiarlo y olvidarlo en un gimnasio de boxeo, en una sala de baile de Lindy-Hop o en uno de los callejones de “El Barrio” donde los desheredados buscan respeto, fuman crack y se inyectan heroína.

Quizá sea menester postergar el “academicismo” hasta que nuestros movimientos, nuestro lenguaje pre-discursivo, nuestras interacciones sociales “mínimas” vuelvan a hablarnos de otras preocupaciones científicas, pero articulando una nueva lengua y exigiéndonos que aprendamos con dedicación y rigor su idioma.